

ESTO ME LLAMO LA ATENCION

En el ensayo "Evangeline" el Padre Feeney esta esperando en una sala de recepción con un grupo de extraños; la señora de la casa aun no ha llegado para introducirlos; todos estan incómodos y desasosegados y el Padre mas que ninguno, hasta que a través de la habitación vió a un "Roman Collar" (1) (Sacerdote católico); antes de ir hacia el que lo usaba, él da el siguiente tributo al sacerdocio católico- tan exacto y preciso que solamente pudo haber sido escrito por un sacerdote, tan hermoso que solamente pudo haber venido de un poeta:

He ahí que existe en este mundo de extrañas convenciones sociales una amistad que trasciende a todos los acuerdos y que no conoce ninguna regla. Es la hermandad de los sacerdotes católicos. No hay, yo lo juro, bajo las estrellas una intimidad, una confianza más derrochadora o mas profunda que el lazo entre un levita católico y otro. No necesita ruego, ni preludeo, ni ritual. No esta sujeto a formalidad alguna. Nosotros nos encontramos y nos poseemos uno al otro instantaneamente. No hay la sombra de una barrera entre nosotros, ni edad, ni antecedentes, ni nacionalidad, ni clima, ni color de piel. Lo nuestro es un afecto rudo y sin desbastar. Casi se olvida de ser cortes. Yo puedo comer en su mesa sin invitación; sentarme en su estudio y leer sus libros aun antes de entablar conocimiento con él. Pedirle prestado su dinero o sus ropas sin ninguna fianza; su casa es mi casa; su sitio junto al fuego, mi sitio; su altar, mi altar. Yo puedo darle mis confidencias prontamente y sin reserva. Y tampoco puedo edificarle ni escandalizarle. Nosotros podemos disputar sin ofendernos, alabarnos sin adulación, o sentarse silenciosamente sin decirnos nada y sin embargo tener una comunión de ideas.

El como y porque todo esto puede ocurrir es nuestro propio y precio-

so secreto. Es el secreto de los hombres que trepan un solitario puente levadizo, suben una estrecha escalera y duermen en una elevada ciudadela donde ondea una blanca bandera. Vamos solos, independientes y sin trabas, sin establecer descendencia, siendo cada uno de nosotros una conclusión de su raza y nombre; aunque siempre acompañándonos uno al otro con una extraña simpatía, demasiado delicada para ser llamada camaradería, demasiado fuerte para ser llamado amor, pero para lo cual Dios encontrará un nombre cuando El explore nuestros corazones en la Eternidad.

Recopilado de "Pesca en Viernes"

CATHOLIC DIGEST - Junio 1. 946